

## XVII domingo del Tiempo Ordinario

---

- **2Rey 4, 42-44.** Comerán y sobraré
- **Salmo 144, 10-11. 15-16. 17-18:** R/. Abres tú la mano, Señor, y nos sacias.
- **Efesios 4, 1-6.** Un solo cuerpo, un Señor, una fe, un bautismo
- **Juan 6, 1-15.** Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron.

### 1. Desde la Palabra de Dios

El punto de partida es que Jesús «se marchó a la otra parte del lago de Galilea, pues mucha gente lo seguía». Jesús ha mostrado que su sabiduría y su misericordia empatizan totalmente con aquellos que necesitan un cambio en sus vidas y que la cercanía y fe en Él les ha propiciado un don.

Se nos dice que «estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos». En este contexto enmarca Juan el relato. Su pasión y muerte serán la hora de Jesús y el signo por excelencia donde se manifestará la gloria de Dios, su Resurrección.

Levantó los ojos,... Jesús capta a la multitud que viene a él, que lo busca, que cree en él porque ha visto sus signos. Levantar la vista alude a su condición de siervo. Él tiene claro a qué ha venido, en nombre de quién ha venido, y cuál es su misión de cara al proyecto del Padre: «dar vida y vida abundante».

Jesús al ver que acudía mucha gente, dijo a Felipe: ¿Con qué compraremos panes para que coman éstos? Y comenta el evangelista que Jesús sabía lo que iba a hacer, pero pregunta para ponerlo a prueba. ¿De qué prueba se trata? Ni más ni menos que la prueba de la fe. La respuesta de Felipe y luego la propuesta de Andrés, son meramente humanas; se ciñen a nuestros patrones humanos y culturales, sin trascender el momento ni ante quién están. El pan se compra con dinero, el hambre se acaba con dinero, todo lo queremos solucionar con nuestros recursos humanos, sin dar el salto a la fe, entregándonos hasta el fondo primero.

«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces». La respuesta a la pregunta que hacía a Felipe tiene una respuesta diferente a la de sus discípulos. El mundo no cambia con los patrones de la cultura y el progreso. La nueva vida, la nueva creación y la nueva sociedad cambiarán con la cultura del don, del compartir, del poner todo lo que tenemos y somos en las manos de Dios.

Manda a los discípulos a que la gente se siente en el suelo. Jesús es anfitrión y siervo. Él ordena, preside la mesa como en la última cena, lava los pies, antes de la comida, es decir, se hace siervo y se entrega por completo a la obra del Padre. Se nos presenta visualizado en el texto la dimensión comunitaria: Jesús cabeza, que preside, los discípulos servidores, y la comunidad que da y que recibe el don.

Igual que los cabezas de familia de la cultura hebrea, como anfitrión eleva la oración de acción de gracias, antes de repartir el alimento. Él es el que sirve.

Después que comieron, mandó a los discípulos que recogieran los pedazos que habían sobrado y que nada se desperdicie. Jesús es abundancia de vida. La “abundancia” es expresión de la generosidad de Dios y de la plenitud hacia la cual Dios quiere conducir a cada ser humano. Por otra parte “abundancia”, en el evangelio de Juan, tiene que ver con vida de calidad y no tanto con cantidad.

Los «5000 hombres» es el signo de la nueva creación, renovada, revivida, integrada en la unidad del que es la Vida y da Vida. Lo que Dios hace es siempre mucho mayor de lo que nosotros esperamos e imaginamos. El compartir redimensiona el don y lo multiplica con creces. Dios abre sus manos y nos sacia a todos de sus favores como también expresa el salmo.

## **2. Desde el corazón de la Iglesia**

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Juan 6, 1-15) presenta el relato de la multiplicación de los panes y de los peces. Viendo la gran muchedumbre que lo había seguido cerca del mar de Galilea, Jesús se dirige al apóstol Felipe y pregunta: «¿Dónde vamos a comprar panes para que coman estos?» (v. 5). El poco dinero que Jesús y los apóstoles poseen, de hecho, no bastan para quitar el hambre de aquella multitud. Y he ahí que Andrés, otro de los Doce, conduce hasta Jesús a un chico que pone a disposición todo lo que tiene: cinco panes y dos peces; pero ciertamente —dice Andrés— no son nada para tantos (cf. v. 9). ¡Bueno este chico! Valiente. También él veía a la multitud y veía sus cinco panes. Dice: «Yo tengo esto: si sirve, estoy a disposición». Este chico nos hace pensar... esa valentía... los jóvenes son así, tienen valor. Debemos ayudarlos a llevar adelante ese valor. Sin embargo, Jesús ordena a los discípulos que hagan que la gente se siente, luego toma esos panes y esos peces, le da gracias al Padre y los distribuye (cf. v. 11), y todos pueden tener alimento hasta saciarse. Todos comieron lo que quisieron.

Con esta página evangélica, la litúrgica nos lleva a no quitar la mirada de aquel Jesús que el pasado domingo, en el Evangelio de Marcos, viendo «una

gran multitud tuvo compasión de ellos» (6, 34). También aquel chico de los cinco panes entendió esta compasión y dijo: «¡Pobre gente! Yo tengo esto...». La compasión le llevó a ofrecer lo que tenía. Hoy, de hecho, Juan nos muestra nuevamente a Jesús atento a las necesidades primarias de las personas. El episodio surge de un hecho concreto: las personas están hambrientas y Jesús involucra a sus discípulos para que este hambre se sacie. Este es el hecho concreto. A la multitud, Jesús no se limitó a donar esto —ofreció su Palabra, su consuelo, su salvación, su vida—, pero ciertamente hizo también esto: se encargó del alimento para el cuerpo. Y nosotros, sus discípulos, no podemos hacer como si nada. Solamente escuchando las más sencillas peticiones de la gente o poniéndose cerca de sus situaciones existenciales concretas se podrá ser escuchado cuando se habla de valores superiores. El amor de Dios por la humanidad hambrienta de pan, de libertad, de justicia, de paz, y sobre todo de su gracia divina nunca falla.

Jesús continúa también hoy quitando el hambre, haciéndose presencia viva que da consuelo, y lo hace a través de nosotros. Por lo tanto, el Evangelio nos invita a estar disponibles y laboriosos, como aquel chico que se da cuenta de que tiene cinco panes y dice: «Yo doy esto, después tú verás...». Frente al grito de hambre —toda clase de «hambre»— de tantos hermanos y hermanas en todas partes del mundo, no podemos quedarnos como meros espectadores alejados y tranquilos.

El anuncio de Cristo, pan de vida eterna, requiere un generoso compromiso de solidaridad por los pobres, los débiles, los últimos, los indefensos. Esta acción de proximidad y de caridad es la mejor muestra de la calidad de nuestra fe, tanto a nivel personal como a nivel comunitario. Después, al final del relato, Jesús, cuando todos fueron saciados, Jesús dijo a los discípulos que recogieran los pedazos que habían sobrado, para que no se perdiera nada. Y yo quisiera proponeros esta frase de Jesús: «Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda» (v. 12). Pienso en la gente que tiene hambre y en cuánta comida sobrante tiramos... que cada uno piense: el alimento que sobra en la comida, la cena, ¿a dónde va? ¿En mi casa qué se hace con la comida que sobra? ¿Se tira? No. Si tú tienes esta costumbre, te doy un consejo: habla con tus abuelos que han vivido la posguerra, y pregúntales qué hacían con la comida sobrante. Nunca se tira la comida sobrante. Se vuelve a hacer o se da a quien pueda comerlo, a quien tiene necesidad. Nunca se tira la comida sobrante. Este es un consejo y también un examen de conciencia: ¿Qué se hace en casa con la comida que sobra? Recemos a la Virgen María para que en el mundo prevalezcan los programas dedicados al desarrollo, a la alimentación, a la solidaridad, y no al odio, a los armamentos y a la guerra.

(Papa Francisco. Angelus, 29 de julio de 2018)

### 3. Desde el fondo del alma

Un niño se te acercó aquella tarde,  
sus cinco panes te dio para ayudarte,  
los dos hicisteis que ya no hubiera hambre.

La tierra, el aire y el sol son tu regalo,  
y mil estrellas de luz sembró tu mano.  
El hombre pone su amor y su trabajo.

También yo quiero poner sobre la mesa  
mis cinco panes que son una promesa  
de darte todo mi amor y mi pobreza.